

istor, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

3 Juan García Ponce. Presentación

dossier

- 7 Michel Melot. ¿Y cómo va "la muerte del libro"?
- 27 Inmaculada García Guadalupe. El tesoro mejor guardado de Tombuctú
- 42 Philippe Ricaud. Contra el libro: El biblioclasmo como postura intelectual
- 57 Enrique Fuentes Castilla. Las redes ocultas del libro
- 68 Tomás Granados Salinas. Historia del libro: del objeto a su fabricante a su consumidor

textos recobrados

- 83 Manuel Gómez Morín. Nobleza de la tipografía

coincidencias y divergencias

- 93 José María Espinasa. El valor de la lectura

notas y diálogos

- 102 Marina Garone Gravier. Nuevos retratos para las viejas palabras: libros novohispanos en lenguas indígenas
- 118 Emma Rivas Mata. Estrategias bibliográficas de Joaquín García Icazbalceta

ventana al mundo

- 149 Marco Aurelio Torres H. Mantecón. Sobre *Biblioteca en guerra*

160 cajón de sastre

172 in memoriam

reseñas

- 175 Lucien Febvre y Henri-Jean Martin: *La aparición del libro* (Armando González Torres)
- 177 Alberto Manguel, *La Bibliothèque, la nuit* (Adolfo Castañón)
- 178 Juana Zahar Vergara. *Historia de las librerías de la ciudad de México* (Malva Flores)
- 180 Fernando Báez. *Historia universal de la destrucción de los libros* (Diego Flores Magón)
- 184 Robert Darnton. *El negocio de la ilustración* (Juan Antonio Rosado Z.)

Istor: revista de historia internacional,
año 8, no. 31, invierno de 2007, p. 3-26

Leer*

Juan García Ponce

Habla como un libro, decimos. Hablar tiene entonces la firmeza y la seguridad de lo acabado. El que habla como un libro no busca; ha encontrado ya y su decir exterioriza ese encuentro. El que habla como un libro hace que sus palabras tengan la inevitabilidad de lo ya dicho, estén fijas e inmóviles, como en un libro. El que habla como un libro habla para hacer callar también a las palabras. Pero, ¿quién habla cuando el que habla es un libro?

El libro está en el centro. Escribir un poema, escribir una novela, escribir un ensayo es siempre dirigir el movimiento de la escritura hacia ellos. A través de este movimiento, en el que la escritura se encuentra y se hace existir, la palabra halla al fin la posibilidad de detenerse. El escritor escribe, da forma, hace un poema, una novela, un ensayo, hace un libro y lo abandona. Es el único que no puede volver a él... en tanto escritor. El libro también lo calla. Su oportunidad de encontrar otra vez la escritura es otro libro. El movimiento recomienza siempre, siempre y cuando nunca se vuelva atrás. Para el escritor el libro está siendo siempre escrito y vuelto a escribir. ¿El mismo libro? No: otro libro, que es el mismo.

El libro está solo. El escritor lo ha abandonado, ya no es el que habla, sino el que habló; el que puede hablar es el libro, pero en su interior las palabras, el

* Tomado de *Las huellas de la voz* (México: Coma, 1982), este elocuente texto de Juan García Ponce sirve de introducción a *Istor* 31, nuestra última edición del año, dedicada a los libros y su historia. Nosotros, Adolfo Castañón y David Miklos, editores del volumen que el lector lee ahora, también desaparecemos en nuestro propio acto de lectura. Permanece, entonces, este objeto, esta revista en formato de libro que se suma a tantos otros lomos en casas, bibliotecas y librerías. Sabemos que nos sobrevivirá cuando todos nosotros nos hayamos ido.

movimiento de las palabras que se han hecho poema, novela, ensayo, están inquietas, en silencio.

Imaginemos una biblioteca. Silencio, piden todos los avisos al que llega. Los avisos pueden no aparecer; el ámbito de las palabras llama al silencio. No tenemos que evocar una serie interminable de libros; unos cuantos bastan. En cualquier forma, es una biblioteca. El infinito que el espacio de los libros crea no está en relación con su número. Allí, en el silencio, uno junto a otro, uno al lado del otro, siempre intercambiables, inertes, sin principio ni fin, reposan los volúmenes. No son una continuidad: su posibilidad de hablar se abre y se cierra sobre sí misma. Y sin embargo, allí, en el silencio, su voz, inaudible todavía, es una sola. Esa voz, cuya posibilidad de hacerse oír crea la discontinuidad, es el discurso de los libros.

Cuando los libros hablan es que alguien los lee, alguien, en el seno del silencio, separa su voz y se dispone a escucharla. El libro es entonces un solo libro. El lector, en su lectura, como antes el escritor en su escritura, pone de nuevo en movimiento, hace aparecer la discontinuidad. Cuando los libros hablan regresa la escritura a la que se ha restituido su diferencia.

Leemos en la biblioteca, sin romper el silencio. Cualquier lugar es la biblioteca; la lectura nos conduce siempre al espacio de los libros. Llevados por el libro leemos en silencio. Nada es capaz de romperlo y sin embargo, la escritura, a través del libro, habla en él.

Cuando la escritura habla, el gran ausente inevitable es el escritor; pero el libro ya no está solo. Alguien lo ha sacado de su apartamento. El movimiento de la escritura recomienza. Ella no pertenece ya al escritor ni al libro. El lector ha hecho que la escritura sea. ¿Dónde? En un nuevo espacio, el espacio de la lectura.

Desprendida del escritor que la ha abandonado en el libro, la escritura está inerme, sin defensa y también sin vida, dentro de una pura neutralidad. Ahora regresa desde ese abandono que la pone en mano del lector. Es él quien le presta su vida.

Cada obra toma la forma que le da el lector que la contiene; en la lectura, ya no es una, sino múltiples obras, tantas como los lectores que al recorrerla la hacen aparecer. Ningún libro ha sido leído dos veces de la misma manera.


La lectura es una aventura para la obra, que adquiere la vida que se le da. Entre la escritura y el lector se crea una relación dentro de la cual aquélla no tiene defensa. Su amplitud y su profundidad originales se han ocultado en ella misma, están en ella, aguardando, y sólo pueden reaparecer en el lector. Para éste, que tiene la vida de la obra en sus manos, la lectura es, entonces, una responsabilidad.

Al leer nos comprometemos. ¿Con quién? El escritor ha desaparecido. La escritura que él hizo posible ya no lo tiene; se ha convertido en ese terreno sin vida que espera, en el libro, que le den oportunidad de ser, y que sólo es capaz de actuar a través del lector. Y ahora, al llegar hasta ella, le hemos permitido que sea en nosotros. ¿Quiénes somos nosotros? En la lectura, donde la relación entre nosotros y el libro que leemos, gracias a ese no ser del libro antes de la lectura que le permite entregarse al que lee, encuentra una nueva unidad, ese nosotros, que es siempre uno solo, también se pierde: somos el libro que leemos, en la misma medida en que el libro es en nosotros.

De pronto se ha creado una realidad que sólo se muestra en el espacio de la lectura. El libro se pierde en nosotros, pero igualmente nosotros nos perdemos en el libro. La condición que la lectura impone para ser en nosotros es que nosotros, despojándonos de nosotros mismos, nos entreguemos a la lectura. A través de nosotros, que ya no somos nadie más que el libro que leemos, el libro se pone a hablar.

Si el escritor se aparta de la escritura para dejarla ser, el lector se pierde en ella, para que en su olvido de sí aparezca la escritura. Desde uno u otro extremo se trata en ambos casos de una desaparición. Nosotros, los lectores, no somos en los libros. En el momento en que intentamos serlo, la escritura, aparentemente inerme, realiza su único posible movimiento de defensa, se oculta en su neutralidad para dejarnos ser en el terreno libre que abre su desaparición. Pero el que entonces no existe es el libro. Los libros son en nosotros, los lectores.

El libro está en el centro. Nuestra responsabilidad de lectores se encuentra en la voluntad de desaparecer en él. La lectura es un compromiso con la neutralidad de la escritura. Desde ese lugar que es el espacio de la lectura, en el que hacemos nuestra esa neutralidad para que la escritura hable en toda su pureza, ninguna lectura es igual, pero todas las lecturas son la misma.

¿Quién habla cuando hablan los libros? Habla la escritura. En la escritura, allí donde la palabra encuentra su voz convertida de un murmullo interminable en un puro camino sin fin, que no se dirige a ningún lado y se recoge una y otra vez sobre sí mismo, volviendo siempre a empezar, el escritor y el lector se encuentran en su desaparición. 

¿Y cómo va “la muerte del libro”?

Michel Melot*

El libro es el opio de Occidente. Nos devora.
Llegará un día en que todos seremos bibliotecarios, y todo habrá concluido.
Anatole France

Hacia finales del siglo XII, mucho antes de la invención de la imprenta, una de las primeras novelas en lengua francesa, *Partonopeu de Blois*,¹ contiene un elogio inmoderado al libro, que comienza así: *San Pablo, maestro de todos nosotros, nos dice en su enseñanza que todo lo que contienen los libros se encuentra ahí para nuestro provecho y para enseñarnos bien a evitar el mal.*² También se conoce, en 1345, el vigoroso alegato a favor del libro de Ricardo de Bury en su *Filibiblión*.³ Estos textos marcan la aurora de una época en la que el libro se celebró sin reservas, por sí mismo, a pesar de que estuviera escrito, cosa que, para un espíritu religioso, todavía resultaba escandaloso: sólo el Libro era respetable, y todos los demás, nocivos o sospechosos. Pero a partir de aquella época, los libros empezaban a abundar, por el pedido de las primeras universidades y de las nuevas órdenes predicadoras. Mucho después, a finales del siglo XIX, toda una corriente de escritores anunciaba la muerte del libro que, habiendo caído en manos

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón (CPTI/CCC-IFAL).

¹ Esta novela del siglo XII, según recientes descubrimientos en historia literaria, pudo haber desempeñado un papel decisivo en el nacimiento de la novela francesa, y se considera que tal vez tuvo influencia en Chrétien de Troyes, según algunos el padre de la novela occidental. (N. del T.)

² Traducción al francés moderno de Olivier Collet y Pierre-Marie Joris para la colección “Lettres gothiques”, *Le livre de poche*, 2005, p. 75.

³ *Filibiblión. Muy hermoso tratado sobre el amor a los libros*, Ricardo de Bury, Madrid, Anaya, 1995, trad. directa del latín de Emilio Pascual Martín.

de todos, había perdido su alma. *No creo*, escribe el distinguido bibliófilo Octave Uzanne, (y el progreso de la electricidad y del mecanismo moderno me impiden creerlo), que el invento de Gutenberg pueda tener otro destino, tarde o temprano, que el de caer en desuso [...] A mi parecer, la imprenta está amenazada de muerte por los diversos procedimientos de grabación del sonido inventados en estos últimos tiempos. El libro impreso está a punto de desaparecer.⁴ Medio siglo después, debido al éxito de la televisión McLuhan se apresuró a sacrificar la imprenta. ¿Cómo el empuje de las nuevas técnicas de comunicación no habría exacerbado esa vieja crisis, la ola atemorizada que acompaña regularmente a toda ampliación, a toda repartición de la cultura? ¿La reacción que llevó a los iluminadores a condenar la imprenta, a los oradores lo escrito, a los pensadores y a los místicos la palabra, la agarró contra el libro, objeto comercial e intelectual al mismo tiempo, la más antigua de las industrias culturales?

El miedo a la muerte del libro tuvo nuevos brotes de fiebre en los años 1990, en el momento del descubrimiento de Internet. En 1991, el primer lugar de consulta por Internet en una biblioteca pública se abrió en Helsinki. La Biblioteca Pública de Información (BPI) del Centro Pompidou abrió el suyo en 1995. Ese año, Fabrice Piault, jefe del servicio de informaciones de *Livre Hebdo* publicó: *El libro, el final de un reinado*.⁵ En 1996, Georges Steiner publicaba en Londres sus ensayos *No Passion Spent* traducidos al francés en 1997 con el título *Passions Impunies* y las historias de la lectura florecían. Steiner ya había publicado en el *Times literary supplement* en 1988 un artículo significativo titulado "The End of Bookishness", término intraducible al francés que la portada del diario había transformado en: "The Future of the Books".⁶ Ahí nos recuerda que el libro es un fenómeno históricamente frágil: compara su aparición con la del *big bang*, debida a la concomitancia de Gutenberg y del auge de las clases medias en la Europa moderna. *Lo que quisiera mostrar*, escribe, *es simplemente que la relación entre libro y literatura, tal como la hemos conocido en las sociedades europeas y*

⁴ Ver por ejemplo el artículo de Pierre Juhel, "Octave Uzanne: sa revue L'Art et l'idée en 1892", en *Bulletin de la Société de l'Histoire de l'Art français*, año 2003, pp. 329-356.

⁵ Fabrice Piault, *Le livre, la fin d'un règne*, Stock, 1995.

⁶ Georges Steiner, "The End of Bookishness", en *Times literary supplement*, 8-14 de julio de 1988, p. 754.

americanas, nació de una conjunción en extremo compleja e intrínsecamente inestable de condiciones técnicas, económicas y sociales. No sería difícil que "la edad del libro" en el sentido clásico, hoy se esté acercando progresivamente a su fin. Esta "edad del libro" no habría durado, según él, más que cuatro siglos, de 1550 a 1950, y suponía una adhesión a lo que Steiner llama un *canon de valores y modos textuales*. En el fondo, Steiner habla más de la muerte de la cultura literaria o, de manera más amplia, de lo que los anglosajones denominan con ese término tan práctico que no tiene equivalente en francés: *literacy*. Una primera cuestión sería entonces saber en qué medida la cultura literaria esta ligada al libro, exclusivamente, o si pueden existir nuevas especies en forma electrónica, como las hubo nuevas en forma periodística o, en el pasado, en forma oral.

Para Steiner, el libro está amenazado con convertirse en artículo de anticuario, como las viejas ruedas de carreta; o en objeto de lujo, como lo eran los manuscritos iluminados. A esta justa preocupación la contradice el desarrollo de los libros de bolsillo. Y pretende que en este caso se trata de un segundo aire que la literatura tendrá que padecer. Se pregunta si los libros encuadernados van a sobrevivir y se rebela incluso contra el hecho de que las Ediciones de la Universidad de Chicago publiquen ficción. Las bibliotecas también se multiplican, pero para él, sólo serán complejos electrónicos en donde las herramientas cableadas tendrán el papel principal. Le teme incluso a los libros hechos en casa, igual que le dan miedo los textos en línea. En ese sentido, se preocupa de la baja en la concentración de los cerebros humanos: que el 85% de los jóvenes norteamericanos no sean capaces de leer sin acompañamiento sonoro le parece un peligro, ya que, dice, el córtex humano tiene límites. ¿Acaso cree que él ha llegado a los suyos? ¿Quién le dijo que el córtex humano, del que se cree más bien que sólo utilizamos una muy pequeña proporción, era incapaz de hacer funcionar varios sentidos a la vez? ¿Y cómo puede un hombre preocupado por la cultura lamentar que cada quien sea capaz de hacer libros en su casa? ¿Cómo puede condenar la ficción en una colección universitaria y los libros en rústica? También podemos estimar que somos afortunados de poder encontrar a Marcel Proust en el puesto de periódicos de alguna estación y enterarnos de que existen diecisiete ediciones de bolsillo de *Papá Goriot*. Su discurso también resulta ambiguo cuando vislumbra que los autores leerán directamente sus textos a

sus escuchas en vez de escribirlos y mandarlos imprimir, y cita como ejemplo a la Unión Soviética, donde las lecturas públicas de poesía atraen multitudes. ¿Acaso lo lamenta? No podemos injuriarlo pensando que ignora que tal práctica es inmemorial, que Homero no vivía entre los soviets y que eso no impidió imprimir libros, sino al contrario, igual que se sabe que ni las grabaciones de discos ni la radio vaciaron las salas de conciertos. El temor que expresa con sinceridad es difícil de justificar, y sólo podemos preguntarnos acerca de su verdadero origen, de tan mal que lo oculta: el abandono de esos *cánones* literarios cuyo principal vector fue el libro, y la perturbación que el cambio de temporalidad entre el libro y la pantalla arroja en la especulación del autor sobre su propia inmortalidad. Steiner no es tan ingenuo. Al final de su artículo, sostiene su buena voluntad y no acepta una situación de la que sabe puede ser portadora de modelos distintos del que él surgió. Actúa entonces de buena fe: a lo que le tiene miedo es a su propio fin.

Al discutir de la muerte del libro con historiadores japoneses, tuve la sorpresa de verlos sonreír, y, cuando les pregunté si este miedo también se manifestaba entre ellos, me contestaron que esa era una curiosidad occidental. El libro, para ellos, no tenía ningún carácter obligatorio, y si algún día acabara por desaparecer, eso sería porque se habría descubierto algo mejor. La ausencia de referencia sagrada al Libro explicaba según ellos la diferencia entre Oriente y Occidente. Muy por el contrario, el libro, en su forma más extendida de códice, era considerado por ellos como un producto de importación, poco adaptado a su cultura, una forma de pensamiento que tenían que sufrir. Son conocidas las contorsiones que el invento de Gutenberg impuso a los impresores orientales, para quienes la tipografía es contra natura. El doblez en forma de acordeón, que, sin regresar a la inconsistencia del rollo, permite al texto y a las imágenes flotar de una página a otra, les resulta más conveniente. Evita la ruptura catatónica entre recto y verso, que condenó al pensamiento occidental a las rigideces de la dialéctica, a concebir el mundo y las relaciones sociales a partir del modo de una oposición ineluctable entre ambos, a recortar en páginas el tiempo del pensamiento. Se entiende entonces por qué el libro se volvió en Occidente una invariable de la cultura, su matriz, y por qué la idea de perderlo suscita en nosotros este miedo primal. A finales del siglo XX, la muerte del libro se volvió

tanto más angustiante cuanto que acumulaba tres fuentes de inquietud: la crisis de la cultura, tema casi permanente de los letrados, la crisis de la lectura, que se atribuía entonces a la televisión, y la crisis económica del libro. Ninguno de estos tres miedos es nuevo, pero su conjunción hacía que la situación fuera más crítica que nunca.

La crisis del libro es la menos misteriosa de las tres. El libro, producto de la industria, está sujeto a los vaivenes de la economía, y la industria del libro ha vivido crisis sucesivas. La edición es un sector frágil de la economía en razón tanto de la naturaleza de sus productos como de la versatilidad de sus clientes. La doble naturaleza del libro lleva a los pensadores apresurados a concluir rápidamente que la crisis económica anuncia el fin de la cultura. La crisis de los años 1880 fue la más larga y, nos dice Elisabeth Parinet, *más difícil de circunscribir que las precedentes*, puesto que las quejas reiteradas de la profesión alrededor de 1890, retransmitidas por la gran prensa, parecían contradichas por la cantidad récord de nuevos libros puestos a la venta.⁷ La similitud con la crisis de finales del siglo XX no se detiene ahí: los editores ya acusaban la competencia de los demás pasatiempos: la fotografía, la bicicleta y el automóvil fueron citados entre los responsables de la crisis de la lectura. Así como recientemente ciertos editores han dicho que el éxito de las bibliotecas es responsable de la escasa venta de sus obras, sus antepasados la tomaron, con igual ligereza, con el auge de los *"cabinets de lecture"*.⁸ Como en nuestros días, se denunció la derrota del pensamiento, y, como siempre, el debate se volvió lucha de clases: unos acusaban a las clases acomodadas de despreciar el libro, y los otros, el analfabetismo y la incultura de las clases populares.

⁷ Elisabeth Parinet, *Une histoire de l'édition contemporaine*, Le Seuil, 2004, p. 164. Respecto de esta crisis del libro, que duró veinte años, ver H. Baillièvre, *La crise du livre*, 1904, y P. Gsell, "La crise du livre", en *La Revue des revues*, octubre de 1903, 145-166 y noviembre de 1903, 341-355. Le agradezco a Anna S. Arnar estas referencias.

⁸ El *Dictionnaire de l'Académie* consigna el *"cabinet de lecture"* como el "lugar donde se podían leer, mediante una modesta retribución, libros y revistas". Así pues, se trata de establecimientos comerciales en los que la lectura se hace a cambio de poco dinero. Esta institución, tan característica del siglo XIX francés, permitió el acceso masivo a la lectura: según los datos recopilados por Françoise Parent-Lardeur (*Lire à Paris au temps de Balzac, les cabinets de lecture à Paris : 1815-1830*, París, École des hautes études en sciences sociales, 1999, 2a), su apogeo ocurrió a principios del siglo XIX, cuando París contaba con 463 *"cabinets de lecture"*. (N. del T.)

La prensa, liberada por la ley de 1889 que provocó una marejada de nuevos títulos de publicaciones periódicas más o menos serias, estuvo entre los principales acusados. Todos los argumentos empleados hoy contra los nuevos medios de comunicación, ya se han utilizados: retroceso del espíritu crítico, gregarización de los lectores, mercantilización de la cultura. Finalmente, como ahora, la mediocridad de la producción, atribuida a una baja general del nivel cultural, fue llamada a declarar. Se deplora, entre otras cosas, el desapego del público por la poesía. Mallarmé, maliciosamente, pone la responsabilidad de ello en la muerte de Víctor Hugo. Así, da con humor la clave de la verdadera crisis: la incapacidad de los conservadores para imaginar que el fin de su modelo no es sino el anuncio de otro nuevo. Anna Arnar mostró la originalidad de la posición clarividente de Mallarmé en este debate.⁹ Muestra también que algunos, como el editor Flammarion, uno de los que remontarán con éxito la crisis, conservan toda su confianza en el libro justamente gracias a *estos pobres suplementos literarios de periódicos a los que parecemos tener miedo y que preparan por el contrario nuevas vetas de compradores de libros*. Mallarmé, sin hacerse ilusiones en cuanto a los defectos de la cultura periodística, busca sus nuevos recursos en la forma de un libro absoluto que combinaría todas las virtudes, y que, en muchos aspectos, prefigura los escritos electrónicos: es al mismo tiempo espectáculo y publicación, elitista y popular, y sobre todo, no tiene lectores sino participantes, no hay autor sino *ejecutante*.¹⁰

De estos debates recurrentes, se desprende que la crisis de la cultura es inherente al mercado del libro. El mal del libro es incurable, pero nunca lo mata. Es al mismo tiempo su virus y su vacuna. En 1840, en la época de la primera industrialización de la edición, un cronista se lamenta: *Antes, a intervalos poco frecuentes, en la media luz de una antigua biblioteca, en repisas carcomidas, aparecían, tranquilos y bien alineados, venerables en octavos de orillas rojas, de cuero requemado por la edad, en cuyos cantos brillaban en letras de oro los grandes nombres de Corneille, de Racine, de Molière. Y "llenos de santo respeto por estos pokvorientos ancestros", salu-*

⁹ Anna Sigridur Arnar, "A modern popular poem": Stéphane Mallarmé on the visual, rhetorical and democratic potential of the *fin de siècle* news paper, en *Word and Image*, vol. 22, n° 4, 2006, pp. 304-326.

¹⁰ Ver en particular Louise Merzeau, "Mallarmé", en *Médium*, n°5, 2005, pp. 133-147.

*dábamos y pasábamos. Hoy se anuncia Molière al precio de un número del Constitutionnel, Racine costará menos que un omnibus, un buen puro costará más que un Corneille.*¹¹ Ya en el siglo XII, los clérigos se quejaban de la abundancia de libros, demasiado numerosos como para que pudieran leerse todos.¹² La solución la dio Gutenberg. Estamos viviendo la misma inflación de demanda a la cual la imprenta, a pesar de sus progresos técnicos, ya no puede responder en lo cotidiano. Anatole France ironiza: *¡Qué espantosos progresos hemos llevado a cabo desde entonces! Los libros se multiplicaron de manera maravillosa en los siglos XVI y XVIII. ¡Y hoy la producción se ha centuplicado! Tenemos que en París se publican cincuenta volúmenes diarios [doscientos el día de hoy, mientras que la población no se ha cuadruplicado] sin contar los diarios. Es una orgía monstruosa. Saldremos locos de ella.*¹³ Para evitar esta locura, la respuesta proviene hoy de los procedimientos de reproducción y de transmisión electrónicos. Así como la imprenta tuvo repercusiones esenciales en nuestra manera de pensar, que fijó en formas consideradas indeformables en la actualidad, que normalizó y mundializó, de igual manera, hay que esperar grandes modificaciones lógicas e intelectuales. En Francia, la producción en cantidad de títulos se duplicó en treinta años. En los años 1980, el depósito legal francés censaba alrededor de treinta mil títulos. Hoy cuenta con sesenta mil, y este crecimiento es comparable en otros países. Esto no les conviene a los editores, quienes prefieren publicar poco pero con mayores tirajes, en vez de invertir mucho en una gran cantidad de títulos, cada uno de los cuales aportará poca ganancia o será deficitario. En cambio, la cultura no puede sino salir beneficiada. Para el lector, esta elección constantemente ampliada es un maná, y para el librero o el bibliotecario, un rompecabezas, ya que un título es un título y hay que encontrarle un lugar. Muy pronto, los análisis confirmaron el fenómeno.¹⁴ El Ministerio de la Cultura pidió a Patrice Cahart un informe, que entregó en 1987 con el título *Le livre français a-t-il un*

¹¹ Marcelin, "Les romans populaires", en *Le Journal pour rire*, n° 102, 10 de septiembre de 1853, p. 1.

¹² Jaqueline Ámese, "Le modèle scolaire de la lecture", en *Histoire de la lecture dans le monde occidental*, París, Le Seuil, 1997, p. 138.

¹³ Anatole France, *La Vie littéraire*, I, Calmann-Lévy, pp. VIII-IX.

¹⁴ François Gèze, "La Surproduction de livres de 1981 à 1990", en *Cahiers de l'économie du livre*, n° 108, 1992, y Jean-Marie Bouvaist, "Crises et mutations dans l'édition française", *Cahiers de l'économie du livre*, n° especial, 1993.

avenir?, en el que recomienda a los pequeños editores *organizarse en archipiélagos alrededor de editores confirmados* y a los grandes editores *implantarse en el extranjero en vez de incrementar una concentración editorial ya elevada en Francia*.¹⁵

Sin embargo, los editores siguieron su carrera hacia delante, y uno de los más grandes llegó incluso a acusar a los pequeños editores de “atiborrar los estantes de las librerías”. Los viticultores conocen este tipo de problema. Se podría deducir que el miedo a la muerte del libro de ninguna manera es, para los autores que se sienten ahogados en la masa, una petición a favor del libro, sino un manera de depurar la librería esperando medidas parecidas a aquellas que se tomaron en la viticultura.

Las razones de la crisis de la lectura no son exactamente las mismas que las de la crisis de la edición, ya que podría esperarse un incremento de los lectores proporcional al de los autores. En este mismo fin de siglo XX, se simula descubrir el iletrismo y hay inquietud por el porvenir de la lectura.¹⁶ De hecho los estudios sociológicos llegan a esta conclusión, que es ilógica sólo en apariencia: los franceses leen menos pero Francia lee más.¹⁷ Dicho en otras palabras, cada quien lee menos pero los lectores son más numerosos. Esto quiere decir que los grandes lectores retroceden y cambian sus prácticas, pero que la elección de lecturas también se ha diversificado y ampliado a otros soportes que no siempre son, contrariamente a lo que se repite, audiovisuales o electrónicos, y también la increíble inflación de lo que se denomina “literatura gris” y la importancia creciente que está tomando, en particular para los investigadores, la consulta de publicaciones periódicas, cuya sobreabundancia atiza los escritos electrónicos con grandes soplos de aire. El uso inmoderado del artículo de prensa del que echan mano los defensores más ardientes del libro es un buen testimonio de lo anterior. Estas lecturas rampantes, permanentes, integradas a nuestros usos y costumbres de todos los días, no son tomadas en consideración por las

¹⁵ Patrice Cahart, *Le livre français a-t-il un avenir?*, La Documentation française, 1987. La promoción 1986 de la ENA redactó un informe titulado *L'Édition du livre en France: situation et perspectives*.

¹⁶ Bernard Pingaud, *Le Droit de lire. Pour un politique coordonné du développement de la lecture. Rapport à la Direction du livre et de la lecture, mai 1980*. Para una puesta a punto sobre la controvertida cuestión del iletrismo, ver Jean-Claude Pompougnac, *Illetrisme: tourner la page?*, Hachette, 1996.

¹⁷ Olivier Donnat, *Les pratiques culturelles des Français. Enquête 1997*, La Documentation française, 1998.

encuestas sociológicas. Las mutaciones de la lectura no se deben a la ausencia de lectores. Los sociólogos apuntan también hacia las ilusiones ópticas que nos hace ver nuestra cultura libresca: cuando se habla de lectura —y es este el sentido en el que se oye a G. Steiner, por ejemplo— se sobreentiende la lectura literaria, como si Víctor Hugo no hubiese muerto o como si sus sucesores hubiesen heredado un derecho imprescriptible a no escribir más que novelas. Este presupuesto sesga la forma misma de las encuestas, como las estadísticas y los palmarés de la edición en los que no se cuenta ni los libros escolares, ni las guías turísticas, ni los diccionarios.¹⁸ El primer estante de una gran librería se llama por lo general *vida práctica*, luego están el turismo, el ocultismo, las medicinas alternativas y la “superación personal”, otras tantas ramas en expansión que, en el sentido académico del término, no se contabilizan en la lectura. Digamos pues que se las quiere excluir.

La ambigüedad de las palabras también resulta engañosa: la historia de la traducción del texto de Freud de 1929, titulado sucesivamente *Malaise dans la civilisation* [Malestar en la civilización] y *Malaise dans la culture* [Malestar en la cultura] es significativa. El alemán *Kultur* no tiene, ya se sabe, el mismo sentido que *culture* en francés. En francés, un hombre cultivado no sólo es un hombre civilizado, así como un letrado no sólo es un hombre que sabe leer. Todavía en el siglo XVIII, saber escribir significaba tener buena caligrafía. ¿A quién le preocupa hoy tener una hermosa escritura manuscrita? ¿Sigue habiendo “buenos” lectores y “malos” lectores? Leer, como lo han apuntado todos los historiadores del libro, se ha vuelto un verbo intransitivo, un imperativo moral: leerás, igual que se dice: no matarás. La lectura de novelas fue, todavía en el siglo XIX, considerada como una lectura depravada. Desde entonces, nuestra cultura libresca se volvió literaria e incondicionalmente novelesca.

*

Así, el debate sobre la crisis de la cultura se lleva a cabo en un terreno complicado. Aunque sea más antiguo que los otros dos, se mezcla de manera

¹⁸ Los sociólogos mismos llaman nuestra atención sobre las distorsiones y los límites de sus encuestas.

espontánea con el debate sobre la muerte del libro, de tanto que implícitamente se acepta en nuestra civilización que la única cultura que hay es libresco. De *La Decadencia de Occidente* (1918-1922), de Oswald Spengler, a *La Traición de los clérigos* (1927), de Julien Benda, el catastrofismo cultural dio nacimiento a un género literario que puede llamarse de *deploración*. Cuando Max Horkheimer y Teodoro Adorno elaboraron el proceso de la cultura de masas, ya era cuestión de combatir la hegemonía del cine norteamericano y, atrás de Hollywood, lo que estaba en la mira era el capitalismo.¹⁹ Curiosamente, su extenso artículo contra la cultura de masas apunta esencialmente al cine (y, de manera premonitoria, a la televisión), y exonera al libro de los cargos que ambos presentan contra la industria cultural, de la cual sin embargo es el producto más antiguo. Los célebres análisis de Walter Benjamin despliegan, en este sentido, mostrándose más circunspectos, sus diferencias con los de sus amigos de la Escuela de Frankfurt. El artículo de Hannah Arendt, *La crisis de la cultura*, ofrece en este registro una reflexión más profunda. Parte de la constatación de que esta crisis de la cultura es concomitante a la aparición de la cultura de masas, y que la cultura de masas no existe sino desde que las masas intentaron integrarse al mundo de la cultura, reservado a la sociedad (Arendt precisa: la “buena” sociedad). Lo que resulta criticable son las condiciones en las que esta integración se lleva a cabo, es decir a partir del modo de la economía de mercado: *Los valores culturales se han vuelto lo que los valores siempre fueron: valores de uso*. Y esta perversión es válida tanto para los valores compartidos por la “buena” sociedad como por la cultura “de masas”. *La derrota del pensamiento* (1987), de Alain Finkelkraut proporciona una versión moderna del género de la deploración. Sus críticas no son en vano. Finkelkraut tiene razón al levantarse, como sus predecesores, contra un sistema económico concentracionario que hace del sujeto un consumidor y de la cultura un producto. *La libertad*, escribe, *no es poder cambiar de canal*. No ignora la arrogancia occidental, la dominación de sus modelos ni las ex-

¹⁹ Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, “La production industrielle des biens culturels. Raison et mystification des masses”, publicado primero en *Dialektik der Aufklärung*, Nueva York, 1944; nueva edición, Frankfurt, 1969; ed. francesa, *La Dialectique de la raison*, Gallimard, 1974.

clusiones que acarrea, pero al criticar el axioma según el cual *todas las culturas son igualmente legítimas*, y al ridiculizar el consumismo de la industria cultural, corre riesgos, ya que es estrecho el margen entre la condena *en principio* de la equivalencia de culturas y la defensa *en principio* de los modelos dominantes, es decir los nuestros. De igual modo, resulta difícil rechazar el consumismo sin desprestigiar a los consumidores que todos nosotros somos desde que la cultura, al igual que el arte, es un mercado, es decir, desde “la era del libro”, que Steiner define de 1550 hasta nuestros días. Ahora bien, el libro, no está muy presente en estos análisis, como si estuviese exento de las críticas que se hacen a la cultura de masas. En lo que se refiere a la lectura, la obra de Danielle Sallenave, *Le Don des morts* (1991), lamento sobre el tema de la desafección del libro en beneficio de la televisión entre otras cosas, es el ejemplo menos convincente del género. Echa de menos *las charlas bajo el emparrado y las fuentes públicas*, sin tener idea de que la televisión reemplazó menos al libro que a los juegos de cartas, o hasta las largas veladas de aburrimiento. La edad de oro de la lectura, para Sallenave, muerta está. Al leerla, podría pensarse que sólo los iletrados ven la maldita televisión, lo que da a su ensayo un amargo sabor de desprecio por la plebe. La realidad está lejos de los fantasmas de D. Sallenave. El *Don de los muertos* de que se trata es lo que se llama *patrimonio cultural*, que hace del lector un heredero, pero también es *el don de las musas*, de los autores dotados y orgullosos de serlo.

El miedo a la muerte del libro acarreó, antes de la aparición de la digitalización, un pánico ante la autoconsumición de los libros por acidez.²⁰ Se inventaron los más complicados procedimientos para quitarles la acidez, al precio de volverlos, en la Biblioteca Nacional, eternamente incommunicables. Se emprendieron campañas, de tono apocalíptico. Jean-Didier Urbain conservó la calma: así da comienzo a su *Archipel des morts: Los libros también mueren. Les ocurre lo mismo que a los hombres... Con el tiempo, se dice, los muertos son todos huérfanos*.

²⁰ Acerca de la cuestión de la muerte del papel, ver Pierre-Marc de Biasi (dir.), “Pouvoirs du papier”, *Cahiers de médiologie*, n° 4, Gallimard, 1997, y, por último, “Permanences du papier”, expediente del *Bulletin de bibliothèques de France*, n° 4, 2006.

Muchos libros también. A eso orfelinatos del más allá que son en los cementerios esas zonas vacías de las tumbas abandonadas, de epitafios sin lectores, responde la muchedumbre de los libros olvidados para siempre, con todo y texto y autor.²¹ Su metáfora explica de manera singular el miedo de los autores. Lo que siempre se olvida en esta literatura de deploración de la muerte del libro es que este goza de cabal salud. El periodo más agudo de la crisis de los años 1990 es también la del éxito de *Como una novela*, de Daniel Pennac (1992). El libro de Fabrice Piault, *Le livre: la fin d'un règne* [El libro: el final de un reino], no es una novela negra. No predice la muerte del libro. Recuerda que el 27% de los hogares franceses no tenían ningún libro en 1970, y menos del 9% treinta años después. Su conclusión es que *el libro es cada vez menos una señal de autoidentificación de las élites*,²² y cuenta la historia del burgués que deploraba la baja del nivel de cultura viendo con compasión a su sirvienta, que estaba leyendo una revista barata, a lo que alguien le hace ver que los padres de esa sirvienta tal vez no sabían leer.

*

El análisis más profundo de la muerte del libro no se encuentra entre los polemistas ni los moralistas sino en el filósofo Jacques Derrida, cuyo primer capítulo de *De la gramatología*, publicado en 1967, lleva por título: *El Fin del libro y el comienzo de la escritura*. Las ideas que ahí desarrolla ya están presentes en un artículo que publicó en 1963, *Force et signification*,²³ a saber que el libro, por su forma misma, implica la existencia de un sentido que lo precede: *lo que empezamos a escribir ya está leído, lo que empezamos a decir ya es respuesta*. La escritura, al contrario, es *inaugural... por cierta libertad de decir, de hacer surgir lo que ya está ahí en su signo*. Retomando a Mallarmé, piensa que todo libro contiene en él el vestigio del Libro único, su nostalgia por lo menos. El sentido que implica la forma del libro queda roto por los libros. Por su multiplicidad misma, los libros privan al Libro de su poder absoluto. Precisa en *De la gramatología: la idea del li-*

²¹ Jean-Didier Urbain, *L'Archipel des morts. Le sentiment de la mort et les dérivés de la mémoire dans les cimetières d'Occident*, Plon, 1989.

²² p. 29

²³ *Critique*, n° 193-194, junio-julio de 1963.

bro es la idea de una totalidad, finita o infinita, del significante; esta totalidad del significante sólo puede ser lo que es, una totalidad, si una totalidad constituida del significante existe antes que él, vigila su inscripción y sus signos, es independiente de él en su idealidad.²⁴ El "fin del libro" estaría entonces comandado por el largo abandono de la creencia en un sentido preestablecido de nuestro mundo, del cual el libro fue el agente silencioso. La historia del libro y de lo escrito ilustran estas palabras: el libro limita al pensamiento a organizarse en un conjunto normalizado y esta limitación también es tan provechosa como empobrecedora. El texto, arrinconado en el libro, siempre intentó romper su grillete. Pero el libro debe, para conservar su autoridad, presentarse materialmente como un objeto completo y cerrado. A medida que la concepción religiosa del mundo se ponía en duda en beneficio de una visión humanista, científica y empírica, la Verdad que el libro, se quiera o no, instituye como estable y perenne, ya no es autosuficiente. La edición siempre desarrolló formas de publicación alternativas al libro, más provisionales, abiertas, renovables: los *membra disjecta*, las recopilaciones, las enciclopedias, los *ephemera*,²⁵ los periódicos, las entregas, las series, las publicaciones de hojas móviles, y luego, en nuestros días, las bases de datos y toda la literatura electrónica. No estamos asistiendo a la muerte del libro sino a la deslegitimación del absolutismo de lo que F. Piault llama "el objeto-mundo".²⁶ La obra de Derrida tiene doble mérito. Nos hace palpar las razones de la descalificación del libro, que no son contradictorias, al contrario, a la proliferación de bibliotecas, que califica de *extrema*. Pero al mismo tiempo distingue de entrada el destino del libro del de la escritura, de la que el libro no es la forma obligada, como tienden a creerlo los escritores. La relativización del poder del libro implica la revisión de los estatus del autor y del lector. En los años 1960,

²⁴ *De la grammatologie*, Gallimard, 1967, p. 30.

²⁵ Alan Clinton, en su *Printed Ephemera. Collection, organisation and access*, Londres, Clive Bingley (1981), aporta la siguiente definición: "documentación impresa o casi impresa que escapa a los canales normales de publicación, venta y control bibliográfico. Abarca tanto publicaciones que están libremente disponibles para el público en general, como otras destinadas a un tiraje limitado y específico. Para los bibliotecarios esto viene definido por el hecho de que tiende a resistirse a un tratamiento convencional en cuanto a adquisición, organización y almacenamiento y ello puede justificar una catalogación incompleta". (N. del T.)

²⁶ Fabrice Piault, *op. cit.*, p. 20.

Roland Barthes y Michel Foucault los cuestionaron a ambos en sus escritos.²⁷ Mallarmé, igual que para la muerte del libro, se había anticipado a estas posiciones al declarar que su famoso Libro no tendría autor. Se admitía por otra parte que dado que un texto podía tener varios sentidos, el papel del lector ya no sólo era el de un receptor pasivo sino el de un creador que colaboraba a su vez con el autor. A falta del fin del libro, se anuncia entonces el fin del lector. No para enterrarlo, sino al contrario, para resucitarlo más bien, darle su *interactividad* con el autor.

*

Después de la locura que caracteriza los años 1990, la década siguiente aparece como un periodo de tranquilidad. Las previsiones de caída en la producción del libro no se confirmaron. Se siguen publicando muchos libros, demasiados dicen algunos, y libros hermosos y buenos, en medio ciertamente de una producción mezclada con éxitos efímeros y libros prácticos.

Los intelectuales occidentales deben corregir su ansiedad. Confiesan estar preocupados ya no por la desaparición del libro sino por su profusión. Ante la confusión de ciertos discursos, hay que admitir que se trata de lo mismo. Intelectuales sagaces abordan de manera indiferente la muerte del libro, del texto o de la escritura. Sin embargo, con el retroceso, los análisis se hacen más precisos, aunque también más numerosos, lo que denota una permanencia del interés que suscita el porvenir del libro.

Publicado en 2000, y luego reeditado y muy aumentado en 2002, la recopilación *Où va le livre?*, dirigida por J.-Y. Mollier, marca una etapa significativa en esta reflexión.²⁸ Mollier, además de los datos rigurosos que aporta sobre las cifras y la evolución de la edición, pone el dedo en el verdadero problema: el de

²⁷ Roland Barthes anuncia la muerte del autor en "Le Bruissement de la langue", en *Essais critiques IV*, Le Seuil, 1968, pp. 63-69 y Michel Foucault en "Qu'est-ce un auteur?" en *Bulletin de la société française de philosophie*, t. LXIV, julio-septiembre de 1969, pp. 73-104. Puede encontrarse una abundante bibliografía y buenas síntesis al respecto en la contribución de R. Chartier, "Mort et transfiguration de l'auteur", y en la de A. Compagnon, "Un monde sans auteurs?", en J.-Y. Mollier (dir.), *Où va le livre?*, La Dispute, 2000, pp. 229-246, así como en la obra de A. Viala, *Naissance de l'écrivain...* éd. de Minuit, 1985.

²⁸ Jean-Yves Mollier (dir.), *Où va le livre ?*, La Dispute, 2000, nueva edición aumentada en 2002.

la concentración económica, que no pone en peligro el libro, sino su diversidad y su especificidad en relación con otros medios de comunicación masivos. La contribución de R. Chartier también resulta importante. A propósito de "la tercera revolución del libro", declara: *Pero lo más probable en las décadas venideras es la coexistencia, que no por fuerza será pacífica, de las dos formas del libro y los tres modos de inscripción de los textos, el manuscrito, el impreso y el electrónico.* La apuesta del Internet se enuncia así: *¿Vamos a ver multiplicarse comunidades separadas, disgregadas, arraigadas en sus usos específicos de nuevas técnicas? ¿O a constatar el control de las poderosas empresas multimedia sobre las bases de datos informáticas y sobre la producción de la circulación de la información?* Al hablar de la comunicación a distancia, piensa que *puede conducir a la pérdida de toda referencia común, a la compartimentación de las identidades, a la exacerbación de los particularismos. Puede, al contrario, imponer la hegemonía de un modelo cultural único y la nivelación que mutila las diversidades.* La receta viene después del diagnóstico: *Así pues, ha llegado el momento de redefinir las categorías jurídicas (propiedad literaria, copyright, derechos de autor), estéticas (originalidad, singularidad, creación), administrativas (depósito legal, biblioteca nacional) o biblioteconómicas (catalogación, clasificación o descripción bibliográfica), que fueron pensadas y construidas en relación con una cultura escrita cuyos objetos eran todos diferentes a los textos electrónicos.* Y para concluir: *La nueva materialidad dada a lo escrito no significa el fin del libro o la muerte del lector. Quizás sea todo lo contrario. Pero supone una redistribución de los papeles en la economía de la escritura.*²⁹

En agosto de 2000, la UNESCO llevó a cabo en Río de Janeiro una conferencia sobre el tema *El lugar que ocupa el libro: entre la nación y el mundo*. Las contribuciones se publicaron en 2001 en una recopilación llamada *Il était une fois... le livre*.³⁰ Debido a su defensa radical de la diversidad cultural, Sergio Paulo Rouanet se desmarca de las posiciones de Alain Finkelkraut. Como él, asimila las deploraciones sobre el fin de la cultura como bien universal (idealis-

²⁹ Roger Chartier, "Mort et transfiguration du lecteur", *ibid.* pp. 295 - 312.

³⁰ Eduardo Portella (dir.), *Il était une fois... le livre*, UNESCO (col. La Bibliothèque du philosophe), 2001. Este coloquio fue la continuación de un primer coloquio, *Caminos del pensamiento en el comienzo del tercer milenio*, a iniciativa de Eduardo Portella, con el apoyo de la Fundación Biblioteca Nacional de Brasil y de varias instituciones brasileñas.

tas alemanes y marxistas revueltos) a un fin de las culturas nacionales ligada al declive del antiguo Occidente, a la hegemonía norteamericana y al poscolonialismo. Pero ve cómo el elitismo europeo puede transformarse fácilmente en xenofobia y denuncia esta concepción de la cultura como una *máquina para fabricar extranjeros*. Esta versión altermundista de la muerte de la cultura está reforzada por la globalización financiera, cuyo poder sustituye al de los Estados. Explica así la fortuna de los discursos escatológicos que anuncian el fin de todo. Aborda la cuestión del fin del libro para constatar que la crisis del libro no significa crisis de la cultura, sino que la crisis de la cultura que la globalización provoca, explica la crisis del libro sin por ello firmar su pena de muerte. Según él, esta crisis explica por qué *tenemos miedo* y responde, un poco como Mallarmé: *por tradicionalismo*.³¹ En la misma recopilación, Maurice Aymard piensa que *sean cuales fueren los cambios posibles, estos se inscriben en la perspectiva de una generalización y de una multiplicación de los usos de lo escrito*. Así, ve entre la era de Gutenberg y la de la electrónica más una continuidad que una ruptura y concluye que *el libro tiene pues todas las posibilidades, dígame lo que se diga, de contar con un futuro promisorio*.³² Por último, en su artículo *La cultura écrite à l'ère de la globalisation: quel avenir pour le livre?*, Milagros del Coral opina lo mismo: *el avión, escribe, no impide caminar*.³³

La constatación, quizás provisional, de la resistencia del libro a lo que se creía ser una condena a muerte por parte de las computadoras y del crecimiento geométrico de la producción editorial mundial (más de 120 000 títulos publicados en inglés al año) la llevó a cabo Lawrence Santantonio en *Tant qu'il y aura des livres*, publicado en 2005,³⁴ incluso si modera su optimismo ante las dificultades para difundir y vender semejante flujo. En una obra publicada también en 2005, *Los demasiados libros*, y que acaba de traducirse al francés con el título de *Bien trop de livres?* y un cintillo que anuncia *Un nuevo libro cada treinta segundos*, el mexicano Gabriel Zaid aborda el problema de la misma manera. Des-

³¹ Sergio Paulo Rouanet, "De la fin de la culture à la fin du livre", en *Il était une fois... le livre*, pp. 47-63.

³² Maurice Aymard, "Métamorphoses du livre et de la lecture", *ibid.*, pp. 137-149.

³³ Milagros Del Coral, *ibid.*, pp. 153-162.

³⁴ Lawrence Santantonios, *Tant qu'il y aura des livres*, París, Bartillat, 2005.

pués de considerar las dificultades (y no los riesgos) que esta abundancia plantea a la edición y a la librería, retoma los argumentos que explican que el libro haya sobrevivido a la prensa, a la televisión y a las computadoras, y piensa que el anuncio de la muerte del libro es una *profecía que ha de entenderse como juicio apocalíptico: el exceso de libros aplasta a la humanidad y acabará por desencadenar la cólera divina*. Pero como juicio tecnológico, no resiste el menor análisis. Incluso Jean-Marie Goulemot, enamorado goloso de los libros, en su obra *L'Amour des bibliothèques* (2006), renuncia: *Dejo a los pesimistas anunciar, y de manera cada vez más convincente, la desaparición del libro sin necesidad de incendio, por rechazo deliberado a leer*.³⁵

*

Al regresar, veinte años después, al tema de la muerte del libro en un artículo publicado en francés con el título *La Haine du livre*,³⁶ George Steiner se muestra más circunspecto. Y él, el defensor impenitente del libro, incluso da pruebas de valor, al retomar todas las piezas de su proceso. Lo hace sin complacencias: *el simple hecho de escribir, de recurrir a una transmisión escrita, implica una reivindicación de lo magistral, de lo canónico. [...] De todas las maneras posibles, incluso ocultas bajo una apariencia de ligereza, los actos que tienen que ver con lo escrito, como engarzados en los libros, dan cuenta de relaciones de poder*. Esta toma de conciencia le debe mucho a la terrible constatación de que *la bestialidad del nazismo, tal como se planeó, se organizó y se realizó en el siglo XX en Europa, se desarrolló en el corazón de una cultura altamente erudita*. El diagnóstico sobre la muerte del libro se vuelve más mesurada: *...no hay certeza alguna de que el número de libros impresos en los formatos tradicionales disminuya. Parece incluso que esté ocurriendo lo contrario*. El miedo a la muerte del libro cede entonces su lugar a otro, el de la sobreproducción de libros que amenaza *la supervivencia de librerías de calidad*. Como el libro ya no está amenazado por la idiotez general, se buscan culpables. La digitalización de los libros sirve de chivo expiatorio y de soporte a los miedos de

³⁵ Jean-Marie Goulemot, *L'Amour des bibliothèques*, Le Seuil, 2006, p. 59.

³⁶ El artículo apareció en francés en *Esprit* en enero de 2005, y se retomó en un pequeño volumen con el título *Le Silence des livres*, seguido de "Ce vice encore impuni" de Michel Crépu, Arléa, 2006.

aquellos que ya sólo tienen miedo de sí mismos. Las reacciones provocadas por el artículo de Jean-Noël Jeanneney y lo que puede llamarse *El affaire Google*, arrojan luces sobre este nuevo debate. J.-N. Jeanneney le teme, entre otras cosas, al gigantismo del corpus digitalizado por Google (15 millones de libros) y critica la ausencia de límites al motor de búsqueda que despliega innumerables respuestas: sólo las primeras que aparecen en pantalla se consultan en realidad, en detrimento de las referencias menos conocidas. Con lo cual se pudo concluir que lo digital iba a hacer naufragar lo impreso, cosa que J.-N. Jeanneney nunca dijo. Al contrario, Patrick Bazin, y en esto él es heredero del pensamiento de J. Derrida, le reprocha a Jeanneney que, en su procedimiento, se deje puestos los “anteojos de bibliotecario” y hace notar que se debe situar al mundo digital en una lógica diferente a la del libro.³⁷ Para él, el mundo digital ya no está ordenado como una biblioteca. El libro tiene el defecto y la ventaja de estar cerrado, mientras que el mundo digital tiene el defecto y la ventaja de no estarlo. Este nuevo modo aleatorio del saber cuestiona la creencia heredada del mundo del libro según la cual *la realidad misma, a pesar de su complejidad, está organizada en un único sistema jerarquizado y coherente*. Para él, la biblioteca digital no es una biblioteca de libros digitalizados. Las dos son de órdenes diferentes y subsisten una al lado de la otra.

Paralelamente a los estudios o libelos a favor o en contra del libro, el inicio del siglo XXI está marcado por una literatura que podría decirse *de transición*. La presente obra, *Demain le livre...*, forma parte de ella, después de otras que intentan hacer el inventario y el análisis de las hibridaciones, a menudo sin continuación aunque nunca inútiles, que la informática y el libro generan. El fracaso relativo y quizás provisional de estos ensayos de hibridación del libro y de lo electrónico (como el *e-book*) iría más bien en el sentido de lo compartido.³⁸

³⁷ Jean-Noël Jeanneney, *Quand Google défie l'Europe. Plaidoyer pour un sursaut*, (publicado primero en forma de artículo en *Le Monde*, 22 de enero de 2005), éd. Mille et une nuits, 2005; Patrick Bazin, “Après l'ordre du livre”, en *Médium*, n°4, 2005; Michel Melot, “The Google project seen from France”, en *Art libraries journal*, vol. 31, n°3, 2006, pp. 3-4.

³⁸ Las ediciones de la École nationale des sciences de l'information et des bibliothèques y el servicio de estudios e investigación de la Bibliothèque publique d'information han publicado varios desde el año 2000: Claire Bélisle (dir.) *La lecture numérique; réalités, enjeux et perspectives*, Presses de l'Enssib, 2004; Origi y Noga

Les savoirs déroutés es un buen ejemplo de esto, y busca redefinir los valores que el libro encarnaba sin que lo supiéramos siquiera, y cuya solidez se percibe hoy sin dejar de notarse su carácter capcioso.³⁹ El grupo que encabeza R.-T. Pédaque trata de redefinir lo que es un *documento*, trabajo indispensable para los archivistas tanto como para los juristas persuadidos de que un documento debe ser un objeto tangible, un expediente, una prueba. Los bibliotecarios ya no pueden considerar el libro como una unidad bibliográfica que la reseña encapsula. Resulta entonces que el documento se define no por su forma material sino por la autoridad que se le confiere. ¿Quién confiere esta autoridad que hace de un objeto cualquiera un *documento*? ¿Cuáles son los criterios y los procedimientos de validez? Estas son las verdaderas preguntas que plantea la muerte del libro, no como objeto, sino como oráculo. Los falsos debates sobre el miedo a la muerte del libro, las deploraciones de los autores desposeídos de su autoridad y de su prestigio, ocultan verdaderas y graves cuestiones sobre las nociones de verdad, de prueba, de validación, sobre la temporalidad de las obras, el régimen mismo de la historia y quizás el abuso que de ella se hace para legitimar poderes usurpados, ratificar falsos consensos, olvidar la vida.

La cuestión, entonces, se plantea en el nivel político, ligada a la lucha contra los intereses particulares inmediatos, contra quienes se consideran propietarios del saber, contra las concentraciones económicas enajenantes o paralizadoras. De esto se encontrará un excelente ejemplo en *Pouvoir Savoir. Le développement face aux biens communs de l'information et à la propriété intellectuelle*.⁴⁰ El libro nunca ha escapado al capitalismo, es hijo suyo. Era una iglesia. Se convirtió en un mercado. De uno al otro el clérigo ha cambiado. Sigue cambiando con la redistribución del saber digital y el paso de un clérigo al otro no se hace nunca sin

Arikha (dir.), *Text-e. Le texte à l'heure de l'Internet*, Paris: Bibliothèque publique d'information/Centre Georges Pompidou, 2003; Emmanuel Pedler y Olivier Zerbib, *Les Nouvelles Technologies à l'épreuve des bibliothèques. Usage d'Internet et des cédéroms*, Paris: Bibliothèque publique d'information/Centre Georges Pompidou, 2001; Franck Ghialla, Dominique Boullier, Pergia Gkouskou-Giannakou, Laurence Le Douarin y Aurélie Neau, *L'Outre-lecture. Manipuler, (s')appropriier, interpréter le Web*, Paris: Bibliothèque publique d'information/Centre Georges Pompidou, 2003.

³⁹ *Les savoirs déroutés. Valeurs et réseaux numériques*, Association DocForum/Presses de l'Enssib, 2000.

⁴⁰ *Pouvoir Savoir. Le Développement face aux biens communs de l'information et à la propriété intellectuelle*, C&F éditions, 2005.

choques. Las verdades estadísticas a las que hoy nos vemos forzados nos hacen temer un relativismo absoluto, que transforma nuestras convicciones en incertidumbres. ¿Quién no ve el peligro, pero quién no ve al mismo tiempo el beneficio? El libro es, por esencia, doctrinal y por lo tanto doctrinario, totalizante y por lo tanto totalitario. En un mundo perpetuamente inestable, el libro sigue siendo hoy todavía, y ciertamente por algún tiempo más, una amarra de la que el pensamiento no puede prescindir. Al parecer la inestabilidad juega más bien en su favor. Como el Eclesiastés, redescubrimos que escribir un libro es un trabajo que no tiene fin.

En cuanto a los profetas, cansados de anunciar la muerte del libro, no correrían ningún riesgo si anunciaran desde ahora la muerte de la digitalización, deplorando ya la pérdida de sus inmensas riquezas. ❧

El tesoro mejor guardado de Tombuctú

Inmaculada García Guadalupe

Abarbanel, Farías o Pinedo,
arrojados de España por impía
persecución, conservan todavía
la llave de una casa de Toledo.

Libres ahora de esperanza y miedo,
miran la llave al declinar el día;
en el bronce hay ayeres, lejanía,
cansado brillo y sufrimiento quedo.

Jorge Luis Borges

La llave legendaria a la que alude Borges como símbolo, llevada por los judíos sefardíes en su destierro de España, podría ser también la de los mudéjares expulsados de Al-Ándalus en el siglo XV, época en la que una España intolerante, envanecida con los triunfos cristianos de la Reconquista, decidió romper, a medida que este proceso avanzaba, con siglos de convivencia, en muchos casos ejemplar y fructífera, entre cristianos, judíos y musulmanes. De esta manera, Sefarad y Al-Ándalus pasaron a convertirse para el imaginario colectivo de generaciones de judíos y musulmanes en un lugar cargado de nostalgia al que siempre anhelaron regresar. Entre los mudéjares forzados al exilio por la persecución de la Inquisición sobresale la historia de Ali Ben Ziyad al-Quti, un musulmán que en 1468 abandonó su Toledo natal con su bien más preciado, su biblioteca, para arribar luego de una sorprendente travesía por las ardientes arenas del Sáhara a la otrora fabulosa ciudad de Tombuctú, donde sus descendientes habrían de batallar a lo largo de seis siglos con los avatares del tiempo para preservar de la corrupción este tesoro de la sabiduría acumulada en los libros que gracias a la tarea y el cuida-